

LA GRACIA
DEIFICA AL ALMA

Por un
CARMELITA DESCALZO

3ª Edición

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Licencia de la Orden
Nihil Obstat
P. Isaías Rodríguez
P. Daniel de Pablo Maroto

Imprimatur
Fr. Segundo Fernández
Provincial

ISBN: 84-7770-512-7
D.L.: Gr. 708-2000
Impreso en Azahara, SL
Impreso en España

PRESENTACION DEL AUTOR



El autor de tantos libros espirituales, que con notorio éxito se venden, escritos por un carmelita descalzo, es el *P. Valentín de San José*. Ahora que ya cambió la tierra por el cielo, podemos desvelar su nombre, que siempre ocultó en libros y artículos de revistas.

El 14 de junio de 1989 falleció tranquilamente con gran fama de santidad en el Desierto Carmelitano de San José de Batuecas a la edad de 93 años.

Nació el P. Valentín en el pueblecito de Castilfalé (León) el 5 de enero de 1896 de familia muy cristiana y carmelitana. Ingresó carmelita a los trece años, entre los que viviría con ininterrumpida ejemplaridad durante 80 años. Desde los 31 años se le encomendaron oficios de gobierno, que ejerció durante casi toda su larga vida, como Maestro de novicios, Prior, Consejero Provincial y por cuatro veces Provincial de la Orden en Castilla y Cuba. En función de este cargo de acuerdo con la celeberrima Beata M. Maravillas y sus monjas restauró el Desierto de San José de Batuecas en 1950.

En los treinta años que residió en Madrid desarrolló con eminente crédito de virtud y celo sacerdotal, una abnegada y estimadísima actividad apostólica en el Templo Nacional de Santa Teresa como predicador fogoso, confesor, director espiritual, consejero nacional de las Hermandades Ferroviarias en España y director de la Orden Tercera del

Carmen y Santa Teresa. Dió muchas tandas de ejercicios espirituales sobre todo a religiosos carmelitas, a las que encaminó numerosas vocaciones. En más de treinta años fue consejero habitual y confesor de la universalmente venerada Beata Maravillas de Jesús.

Durante los últimos veinte años estuvo retirado en la soledad del Desierto de Batuecas que él había restaurado, dedicado de lleno a la vida de oración y austeridad.

La práctica de la presencia de Dios la recomendaba encarecidamente y en consecuencia él la practicaba con atención amorosa todo el día realizase ocupaciones materiales o intelectuales. No conocía el ocio: oraba, leía, escribía o trabajaba en el campo intercalando ratos de adoración ante el sagrario, que era su devoción más ferviente. La oración mental fue una de sus más destacadas características tanto en su ejercicio como en su enseñanza; sus libros más reeditados son precisamente sobre la oración. En todos sus libros encomia reiteradamente el trato íntimo con Dios, con Jesucristo, la Virgen, los ángeles y los santos. Fue realmente un apóstol sobresaliente de la oración mental. Sus oraciones vocales, jaculatorias y devociones piadosas eran continuas todos los días.

La vida interior de amor y atención amorosa al Señor era su ilusionada preocupación y al mismo tiempo ofreciéndose en súplicas incesantes por la salvación y santificación de las almas, por la santa Iglesia, por la auténtica renovación del Carmelo en el genuino espíritu de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, cuya vida y doctrina conocía admirablemente, y por la tradicional España católica. En fin, un sujeto que supo unir con la debida escala de valores la más intensa vida contemplativa de su Orden con el celo apostólico sacerdotal.

Su vida y libros hacen del P. Valentín un eminentísimo maestro de la espiritualidad universal. Con la intensa vida interior y fidelidad inquebrantable a las reglas de Carmelo Teresiano supo armonizar la gran actividad sacerdotal con la dedicación a la pluma de la que son fruto sus libros que tanta aceptación tienen entre las personas de profunda vida sobrenatural; tienen gran semejanza a los Soliloquios de San Agustín y escritos de San Alfonso M^a de Ligorio; son abundantísimas las citas de hechos y dichos de los santos, cuya vida fueron su lectura diaria, lo cual decía que le estimulaba a imitarlos; y así consiguió que ahora a nuestro juicio se le considera ser uno de ellos.

Por esto muchos piden o desean que se abra el proceso de su beatificación. Para este libro el autor tenía muchas correcciones y adiciones, que en esta tercera edición se han incluido.

Fr. Matías del Niño Jesús
Batuecas, 14 de Junio del 2.000
11^o Aniversario de su muerte.

AL AMABLE LECTOR

En otro libro gocé yo pensando conmigo mismo en Dios y en algunas de sus perfecciones. No pretendí escribir un tratado sobre todas las cuestiones que de Dios propone y estudia la teología, sino tan sólo mirar las perfecciones que más directamente afectan al alma y la encienden en deseos de amarle y de ofrecérsele y de verle ya directamente en la felicidad del cielo.

Si no lo conseguí —porque cuanto más se piensa sobre Dios más claramente se ve que supera todo pensamiento y que cuanto de Dios se puede decir es como nada y oscuridad comparado con su Ser infinito— gocé pensando en su infinito amor, en su infinita hermosura, en su infinita bondad y Sumo gozo. Es lo más alto y noble que se puede pensar.

Quisiera ahora continuar pensando conmigo mismo en la participación que en la tierra podemos tener de Dios y en la belleza que esta participación pone en el alma.

Si no sé presentarla como la siento y desearía, gozaré intentándolo. Porque después de pensar en Dios, lo más bello y noble que puede darse es pensar en la participación del mismo Dios. Y la hermosura y grandeza de las almas es según la participación que tienen de Dios. La santidad es participar plenamente de Dios y obrar en todo según la voluntad de Dios.

Quisiera ver y sentir la hermosura de esta participación del mismo Dios en lo íntimo de mi alma, para moverme más a vivir la gracia, que es vivir al mismo Dios. Difícil intento, pero es el más grandioso y provechoso.

De antemano sé que no lo puedo conseguir, pero también sé que me habrá proporcionado el mayor bien y el más delicado gozo, como es pensar y recrearme en lo más bello y más noble que hay en lo criado y me habrá animado para esforzarme en aprovechar bien la gracia de Dios viviéndola.

Mi cortedad no puede expresar cosas tan bellas y tan alucinantes como es mi deseo; mas será para mí el mayor consuelo tener la mirada de mi alma atenta a la mayor belleza y permanecer recreándome en la más alta y más delicada maravilla de Dios en la creación como es la vida y la hermosura espiritual y sobrenatural y la transformación del alma en la unión de amor con Dios. Me gozo en pensar que algún alma, más dispuesta para expre-

sar estas maravillas inenarrables no sólo se goce en pensarlas y en procurar vivirlas, quizá se mueva también a procurar describir como se merece esta soberana e inefable riqueza del alma, que vale más sin comparación que toda la creación material, con toda su inabarcable inmensidad, su armonía y sus misterios, según han escrito ya admirablemente muchos santos.

Dame, Señor, si es para vuestra gloria y bien de las almas, que sepa yo decir algo de la hermosura del alma vestida con el vestido de vuestra gracia y por esta gracia es levantada a vida sobrenatural y a participar de vuestra misma naturaleza divina.

Si muchas almas lo vieran o lo supieran se animarían a ofrecerse a Vos y a vivir vida muy santa.

El alma participa de la naturaleza de Dios en especialísimo amor por la gracia. Dios está en el alma por este especialísimo amor uniéndola a Sí mismo por la transformación en su amor.

Preciosos libros se han escrito sobre la gracia en sí misma y en los maravillosos efectos sobrenaturales que obra en las almas —además de los tratados de teología— por autores sabios y santos y preclaros en el buen decir. Sabían muy bien lo que escribían y sabían decirlo con elegancia.

Yo, que ahora me propongo escribir, no domino tanta hermosura y tan inmensa claridad ni sé expresarla con la galanura que se merece, pero

veo es muy conveniente escribir y presentar la riqueza y encanto de esta joya para que todos la conozcan. Y pretendo escribir para que me entiendan tantísimas almas como hay buenas y anhelosas de santidad, aun cuando no tengan estudios especiales, para que se enfervoricen y aun se esfuercen más leyendo la sin igual hermosura y riqueza de la gracia y algunos regalos que Dios hace a algunas almas que viven con fidelidad especial.

No escribo para teólogos, sino para esas almas sencillas, fervorosas y delicadamente fieles a las llamadas del Señor y procuraré exponer la doctrina con palabras que estén al alcance de los no versados en teología e intentaré expresar estas bellezas y estas grandezas con los más sencillos conceptos, comparaciones y palabras que pueda y con el mayor calor de espíritu que me sea posible.

Que el Señor se esconda en esta doctrina y la dé vida y amor para animar a las almas que la lean y comunicándolas vida sobrenatural más intensa, que es participar más de la vida y de la naturaleza de Dios, las haga crecer en las virtudes y las vista el preciosísimo y esplendoroso vestido del cielo.

La gracia da naturaleza de Dios al alma. La gracia hace al alma Dios por participación o comunicación. En el cielo ya gloriosamente y para siempre. ¡Oh alteza del hombre en gracia y glorificado! ¡Oh magnanimidad y generosidad de la

Bondad infinita de Dios! Nos comunica su propia naturaleza y nos hace dioses por participación. En el cielo, gloriosos.

Las Batuecas, día de la Inmaculada de 1969.

NOTA.—Por causas especiales no pudo salir el texto íntegro en la primera edición ni con este título, como lo escribió el autor. Ahora se publica íntegro.

CAPÍTULO I

INVOCACION Y PETICION A DIOS

1.—La aspiración del alma que desea estar recogida en Dios o vivir intensa vida espiritual es vivir para Dios en todos sus deseos y en todas sus obras.

Contigo, ¡oh Dios mío!, quiero yo recogerme en un amor íntimo, en un amor confidencial, para pedirte que obres en mí tu obra de amor. Pues me inspiras y me llamas para que te ame, enséñame qué es amarte a Ti, Bien infinito y Creador de todo bien, y dame ese mismo amor que me pides y yo quiero darte, pues sólo Tú me lo puedes dar.

Me propongo escribir en estas páginas lo que quieres que yo tenga muy abundantemente; lo que mi alma necesita y quiere tener. Quiero, Dios mío, tenerte a Ti mismo y estar lleno de tu amor. Quiero que tu gracia sea mi vida, y siéndolo, Tú

mismo serás la vida de mi alma, porque tu gracia me hace participar de Ti, me comunica tu misma naturaleza y tu misma vida, levanta mi alma al orden sobrenatural para vivir en tu amor y me da la esperanza de felicidad y bienes eternos.

Este amor y esta gracia te pido, Señor y Dios mío, para que, recogido Contigo en amor, sepa expresar algo de tan soberana hermosura y con ella se acreciente en mí y en los que esto lean los deseos de amarte más y vivir más perfectamente en Ti y de Ti y para Ti.

Para que puedas Tú, Dios mío, realizar tu obra de amor en mí, te pido me enseñes a aislarme de todas las cosas que disipan y a recogerme con toda mi atención en Ti.

2.—Tú eres la hermosura infinita y el que comunicas toda hermosura. ¿En qué puedo poner mi mirada que se parezca a Ti ni a tu hermosura?

Tú eres la Sabiduría misma y eres el poder infinito; enséñame y dame para que hable de las bondades y misericordias de tu gracia y de tu amor, que es hablar de Ti mismo. Hablen otros de grandezas y bellezas humanas; yo deseo hablar de tu hermosura y de tu grandeza, y te pido enriquezcas y hermostees mi alma con ellas.

Si Tú no me enseñas y no te pones en mis palabras, no sabré decir nada de ese tu encanto infinito, que es la delicia y felicidad de los Angeles

y Bienaventurados y espero sea también mi felicidad cuando te muestres directamente a mi alma en tu gloria y con tu luz vea la hermosura y encanto de tu Ser infinito.

Háblame Tú, Dios mío, y enséñame. Bien sé que sólo te puede oír y aprender tu enseñanza el alma serena y de silencio interior; el alma limpia que pone su atención en Ti; el alma humilde y mansa que se hace transparente y limpia, porque los *limpios de corazón verán a Dios* (1); porque en el alma limpia no hay nubes ni aun celajes que impidan verte. Háblame y enséñame tu verdad.

Sé que esa palabra de Dios la entienden mejor los humildes. Alma mía, recógete en humildad con tu Dios, y la luz y misericordia de Dios te iluminará. Unete en humildad a tu Dios infinito y Dios te unirá con El mismo y su luz y su amor te envolverán y harán luz y amor suyo y una misma cosa con El.

3.—La palabra y la luz de Dios enseñan a apartarse de lo mundano, a recogerse en lo divino y a vivirlo. Dios vuelca sus misericordias interiormente, y algunas veces también exteriormente, en el alma humilde que se recoge y entrega confiada a Dios. Dichosa de ti, alma mía, si, llena de confianza por la humildad y el amor y recogida en

(1) Mat., 5, 2, 48.

sólo Dios, pudieras decir: *Ya toda soy de Dios; en ese mismo instante y con la misma confianza e íntima humildad dirías: Dios, mi Padre celestial e infinito, es mío y para mí.*

Dios mío, ya ves que quiero ser del todo tuyo; que digo que quiero ser, pero no acabo de despojarme de mí y de mis gustos. Te pido me des tu gracia, que es luz y fortaleza, para que se realicen mis deseos, que son los tuyos, y para lo que me llamaste y ahora de nuevo me llamas.

Padre mío y Maestro mío, te suplico me des tu gracia para que, fortalecido con ella, me determine a ser tuyo.

A todos mandaste que fuésemos santos (2). ¿No lo querrás ahora de mí? ¿No me llamas para que lo sea? ¿Cómo lo seré si no me das la gracia para que pueda serlo? Realiza, Dios mío, en mi alma tu obra de amor. Haz que tu gracia se desarrolle en mí para que yo sea completamente tuyo.

(2) Mat., 5, 3, 48.

CAPÍTULO II

DIOS OBRA EN EL ALMA SU OBRA DE AMOR Y DE GRACIA

4.—La obra predilecta de Dios en la creación no es la creación de esos mundos inmensos, que abruma la inteligencia cuando tiende su mirada por la hermosura y grandeza de los cielos, tan poblados de astros brillantes.

Su grandeza, su hermosura, su número, su armonía y sus velocidades tanto más maravillan la inteligencia del hombre cuanto más va conociendo y descubriendo nuevos secretos y nuevas grandezas. ¡Cuán admirable es Dios en la creación de los astros y cuán incomprensible su magnificencia! ¿Quién podrá comprender los caminos que para cada uno ha trazado y las propiedades que en ellos ha puesto? Los astros cantan, Señor, tu infinito poder y hablan callada y misteriosamente al hombre de tu magnificencia.

Pero no llamo yo a todo ese mundo físico inmenso y maravilloso de los cielos la obra de Dios aun en la creación externa. Bien sé, ¡oh Señor!, que tu obra eterna es la de dentro, la infinita; el infinito y eterno comprender de tu infinito entendimiento entendiendo y engendrando eternamente la infinita sabiduría y produciendo el infinito amor en gozo infinito como es infinito tu ser. Tu esencia, como tu entendimiento, es la infinita actividad en el infinito gozar, en el sumo y actual entender, y amar y poder. Tú eres el Sumo Bien y Creador de todo bien.

Tu obra externa por excelencia no es la material por inmensa y maravillosa que sea. Los astros del firmamento, en su correr y brillar, no pueden conscientemente cantarte, no tienen inteligencia y no pueden admirar tus maravillas ni lo que en ellos has hecho y continuamente haces. Te canta la inteligencia que comprende todas esas magnificencias y queda sobrecogida de admiración y te alaba. Tú eres el infinito Bien y creador de todo bien. Tú eres el incomprendible.

Comprendo, Dios mío, que tu obra por excelencia en la creación externa es el espíritu. La obra material, por inmensa que sea, no tiene comparación con la espiritual. Dios ha creado el mundo material para admiración de los espíritus: de los ángeles y de los bienaventurados. Los hombres en la tierra no sabemos ni deletrear la primera

letra de esta inmensidad de los mundos. Lo conoceremos y admiraremos en el cielo y no nos cansaremos de dar alabanzas a Dios por esta creación y esta insondable maravilla. El hombre dominará y será dueño de los mundos no en la tierra, sino en el cielo (1).

Y clara y gozosísimamente veremos que esta creación no tiene ni la más lejana comparación con la creación de los espíritus. Una sola alma, mi sola alma, tan pobre como es, vale más que todo el universo. ¿Qué será un serafín? *Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo*, decía San Juan de la Cruz (2). ¿Qué serán tantos pensamientos de almas muy santas y geniales? ¿Qué serán los pensamientos y amores de tantos coros de serafines y de ángeles?

5.—La obra de Dios por excelencia es la creación del espíritu. Es también la que más de cerca se asemeja a El. La obra de Dios, después del misterio de la Encarnación, no es la gobernación y conservación de los mundos siderales, es la transformación de las almas en su amor, es la santificación de las almas y la glorificación de los ángeles. Dejemos ahora los ángeles, aunque los ad-

(1) *Yo en Dios o El cielo*, por Un Carmelita Descalzo, capítulos XXVII y sgs.

(2) *Avisos*, 34.

miremos y nos encomendemos a ellos. Miremos este mundo nuestro de las almas.

Llamo la obra de Dios en la creación, después del misterio de la Encarnación, la que realizó en los ángeles y en las almas de los bienaventurados; la que realiza continuamente en las potencias y en la esencia de las almas para hacerlas crecer en la vida sobrenatural, para perfeccionarlas hasta transformarlas en amor suyo y unirlas a El. ¡Qué delicadeza, qué luz, qué misterios de amor y de poder descubriremos cuando nos enseñe esto en la gloria! ¡Qué gozo tan indecible de alabanza y amor a Dios brotará en nuestra alma cuando lo conozcamos! ¡Qué mundos de nuevas maravillas, en nada semejantes a éstas, nos mostrará Dios entonces!

La obra de Dios, junto con la creación de los espíritus, es la santificación y la glorificación de estos mismos espíritus. Ya que has creado mi alma sin yo saber nada y sin pedirme el consentimiento, ahora te suplico yo, con toda humildad, tengas la misericordia y bondad de santificármela y hacerme participante de Ti mismo, de tu misma vida y de la felicidad tuya, para la cual me creaste.

La obra de la santidad, la más admirable de Dios, es la obra del más delicado y soberano amor de Dios para con sus criaturas espirituales. Yo vuelvo a suplicarte no dejes de realizarla conmigo. Santifica, Señor, mi alma para que yo te alabe

y en el día eterno sea feliz en tu misma felicidad, como lo son los ángeles.

Realízala, ¡oh Señor!, en mi alma y en todas las almas que has creado. Fuiste generoso conmigo cuando yo no te lo pedí, dándome el ser. Espero, ahora que te lo pido, seas más generoso dándome tu gracia y tu amor y que completes tu obra en mí santificándome.

CAPÍTULO III

DIOS LLAMA AL ALMA AL RETIRO PARA TRANSFORMARLA EN AMOR SUYO

6.—Brilla, Señor, tu amor en tus obras y quieres ser admirado por tu amor; ponlo ahora en mi alma, para que mi alma sea perfecta y te ame cuanto pueda. Transforma mi alma en tu amor, ya que para unirla en amor Contigo me la creaste. Me creaste para el fin más alto y perfecto; haz que yo llegue a este fin, que es poseer tu amor y poseerte a Ti.

La unión del alma en amor con Dios es el misterio de la santidad que Dios comunica al alma y su mayor bien. Nunca el alma pudiera aspirar a tanta alteza y hermosura por sí misma. Sólo pensarlo parece soberbia y una quimera irrealizable. Sin embargo, es cierto que Dios lo quiere de mí, y me ha criado para esto y me lo ha ense-

ñado y revelado por la fe. Y me lo manda su amor.

Mi alma no sabe cómo se realiza obra tan portentosa y admirable. Es superior a mi conocimiento y a mi poder. Es Dios quien sabe realizarla y desea llevarla a feliz término. Es Dios mismo quien desea transformarme y hacerme amor suyo. Y me pide preste yo mi cooperación. Es Dios quien ha de realizarla, pero me ha dado la libertad y no la realizará sin mí. Me pide que yo quiera y que yo voluntariamente me ponga en sus manos.

7.—Alma mía, tu grandeza y tu dicha está en que te ofrezcas a Dios. Dices que éste es tu querer y Dios lo quiere inmensamente más que tú. Para que tú te determinaras y pudieras recibir un bien tan superior y tan inefable, el Verbo se encarnó, vino al mundo tomando la naturaleza humana y padeció por ti, para redimirte, para hacer tu transformación, para deificarte con su amor. Mírate en su amor; corresponde a su amor.

Dios mío, si Tú quieres y yo también quiero, ¿por qué no se realiza ya esta obra? Me llamas-te, Señor mío, cuando yo no tenía idea de lo que de mí querías. Empezaste en mí tu obra. Ahora que tengo conocimiento de esta su magnificencia y hermosura sin igual, te suplico que la realices, porque ha de ser obra tuya. Y Tú me exiges mi querer, mi determinación, mi voluntad completa. Por eso te digo ahora: ya lo quiero y me ofrez-

co; ya quiero quitar todo lo que impide que lo realices. ¿Cuándo vas a realizar esta obra de tu amor perfecto? ¿Cuándo me harás amor tuyo?

Bien sé, Dios mío, que me dirás lo has puesto en mi voluntad y depende de mí. Es cierto, Señor. Tan generoso has sido, que lo has puesto en mi voluntad y depende de mí. Pero si Tú no me enseñas como Padre mío que eres, si Tú no fortaleces mi voluntad y no esclareces mi espíritu, queriéndolo los dos, nunca lo realizarás en mí, y quedará tu obra en mi alma sin acabar. ¡Y es tu obra!

Alma mía, céntrate en tu Dios para que te llene de sus bondades y misericordias y con ellas se realizará la obra de Dios en ti, la transformación, la deificación de tu alma.

8.—El amor de Dios florece con flor propia y da fruto especial. El alma que no se abre con flor de Dios ni se enriquece con fruto de Dios, es porque no se ha dispuesto para que Dios haga en ella su obra.

La flor de Dios y el fruto de Dios en el alma es el conjunto de las acciones santas de la persona; es el desenvolvimiento de toda la vida sobrenatural del hombre por la gracia. Es la presencia amorosa de Dios en el alma; es el ser, y el querer y el comprender, y el amar del alma encauzado y ofrecido todo a Dios.

La flor y el fruto de Dios en el alma es el amor y la delicadeza en el ofrecimiento a Dios de todas las obras grandes o pequeñas, con más esmero en las pequeñas que en las grandes, ya que las pequeñas son más continuadas y frecuentes, y si no hay vivo amor, pasan desapercibidas, mientras que las grandes son raras y ellas mismas avivan la memoria para levantarlas a Dios. La delicadeza nace del amor, y el conocimiento de Dios produce la veneración y admiración.

La flor y el fruto de Dios son las virtudes todas: la mansedumbre del corazón, la entrega del corazón, la paz del corazón, la abnegación del corazón. Pienso yo, a veces, que todas las virtudes o todas las flores de las virtudes se recopilan en la mansedumbre y limpieza de corazón florecida en la actual presencia de Dios, como su conocimiento y admiración engendra los heroísmos de la virtud.

La flor de la mansedumbre y limpieza en mirada a Dios recopila toda la belleza de las virtudes en humildad, caridad y bondad. La mansedumbre deja ver el hermosísimo y riquísimo fondo de serenidad, de paz, de aceptación y limpieza de la voluntad divina, de la inmensidad y bondad de Dios a quien el alma está entregada.

La flor y el fruto de Dios en las virtudes es lo que ha constituido la santidad de los santos y lo que tiene que constituir también mi santidad.

Dios los está esperando de mí en la determinación que yo tome de seguirle y entregarme. Dios me llama; Dios me da su inspiración y su gracia y espera que salga de las complacencias de las criaturas a su encuentro. Alma mía, decídate y entrégate toda al amorosísimo Dios. ¿A quién mejor puedes mirar y entregarte?

9.—Estoy cierto de que si salgo, si yo me determino, Dios no deja de realizar esa su obra maravillosa en mí. Dios mío, yo te pido que la realices ya. Es una maravilla lo que te pido. ¿Y qué te voy a pedir a Ti, infinito y omnipotente, sino maravillas? ¿Y no quieres Tú, en tu amor infinito hacia mí, obrar estas maravillas? ¿Y no eres Tú quien me inspiras para que te las pida? Haz, ¡oh Señor!, la transformación de mi alma en amor tuyo y úneme a Ti en amor misericordioso; de esta nada mía y de esta pobre tierra mía haz amor tuyo infinito por la transformación que has prometido a las almas fieles.

Dios quiere hacer la unión de amor con mi alma. Esta unión de amor con Dios es imposible pueda realizarse sin la transformación.

Me complazco en meditar que la transformación del espíritu criado en amor divino es la obra maravillosa de Dios, superior no sólo al poder de los hombres, sino al poder de las mismas jerarquías angélicas. También los ángeles, espíritus no-

bilísimos, fueron transformados en amor divino.

La transformación en amor divino no la puedo hacer yo en mí, ni la pueden hacer los hombres, ni la pueden hacer los ángeles mismos ni en ellos ni en los hombres. La transformación ha de hacerla una fuerza extraña al propio sujeto. Unas manos primorosas de mujer hacen de una hebra de hilo una preciosidad de encaje. No se hace el encaje a sí mismo. El hilo se deja hacer, como la pintura y el lienzo se dejan hacer. Hace el encaje la habilidosa paciencia de la mujer, y el cuadro, el arte del pintor, como el industrial ha transformado la planta en hilo y en la filigrana de una custodia.

La transformación del alma en amor divino es obra exclusiva de Dios, como lo es la creación, y es obra muy superior, ya dije, a la creación material. Sólo Dios puede transformar en amor sobrenatural mi alma. Sólo Dios puede santificar mi alma y quiere hacerlo, pero no lo hace sin mi querer. Tengo que ponerme en las manos maravillosas de Dios, como la plata se puso en las del industrial para ser transformada en hilo o en custodia. ¿Cómo se hace la transformación? ¿Cómo se diviniza el alma? No lo comprendo ni entiendo el modo misterioso natural y menos el sobrenatural de obrar Dios en mi alma e irla transformando en amor; pero sí sé que practicando yo las virtudes y ofreciéndole mi voluntad y con mi vo-

luntad mis obras, Dios hace la transformación de mi alma en amor sobrenatural y la hace con la prontitud e intensidad con que yo me ofrezca y con la delicadeza y primor con que practique las virtudes.

Sólo Tú, Dios mío, puedes hacer de mi amor natural un amor sobrenatural y unirle al tuyo y hacerle tuyo. Dichosas las almas en las cuales ya lo has realizado y dichosas también en las que estás realizándolo.

Permíteme, Señor mío, la atrevida petición que quiero exponerte. Es atrevida, pero, aun sabiéndola Tú ya, quieres que te la manifieste yo, porque quieres realizarla y para realizarla en mí me has criado, y para fin tan alto y nobilísimo me has escogido y llamado. Pon tu fortaleza en mi flaqueza para que pueda recogerme amorosamente Contigo y despojarme de todo lo que me impide que realices tu obra en mí. Que yo sepa y quiera negarme a mí mismo en todo lo que no es tu divino querer. Que yo me prepare y ponga en tus manos confiadamente, pues sé que en ese momento realizarás en mí, sin yo entenderlo, esta maravillosa obra tuya. Así lo espero de tu misericordia. Y en seguida me unirás en amor Contigo.

CAPÍTULO IV

DIOS OBRA LA TRANSFORMACION EN EL ALMA PREPARADA Y PUESTA EN SUS MANOS

10.—Me debe llenar de alegría pensar que Dios quiere hacer la íntima unión de amor entre mi alma, que aun cuando maravillosa es un átomo de nada criado y conservado por el poder divino, y entre El, que es la omnipotencia y el infinito en todo bien y en toda perfección y es el Criador de todo bien. Dios hace esa unión transformando el alma en amor sobrenatural o divino.

La Virgen y los santos sintieron un inexplicable gozo en las potencias de su alma cuando Dios hizo esa maravilla en ellos. Transformarlos era como convertirlos ya en cielo, uniéndolos íntimamente al Creador del cielo, era deificarlos.

Hacer Dios la unión entre el alma y El es como hacer una misma cosa al alma con Dios, pues es

hacer de dos cosas una sola o no habría unión, pero la hace sin quitar al alma su propio ser. Es como deificar al alma por la realidad del más alto e insospechable amor. Es unión de amor.

Para realizar esta íntima unión de amor, Dios no puede rebajarse, ni perder ni disminuir de su infinita grandeza ni de sus infinitas perfecciones por lo mismo que es Dios. Dios es por su misma esencia el ser infinito en todas las perfecciones y tiene todas las perfecciones en una infinita perfección, simultáneamente. No puede adquirir ni un solo pensamiento, ni un solo amor, ni una sola perfección que no haya tenido siempre, que no tenga o haya de tener siempre.

Dios no puede perder ni despojarse de ninguna perfección ni disminuir de su grandeza ni en el saber, ni en el gozar, ni en la felicidad, ni en el poder.

Dios siempre es infinito en todo bien y en toda perfección o no sería Dios, pues ya no era infinito en todo bien, en todo saber, en todo poder y en toda felicidad. Dios, sin perder ni disminuir nada, levanta al alma comunicándola voluntaria y generosamente su propia naturaleza divina, dando al alma participación de su misma naturaleza, que es hacer subir al alma sobre la propia naturaleza del alma, no sólo acercándola a la divina, sino a la manera de injertando o inyectando naturaleza divina en el alma para que de modo misterioso

participe y tenga naturaleza del mismo Dios y vida sobrenatural, o sea: por encima de la vida natural del alma, con propiedades y perfecciones divinas tan perfectas e intensas como sea la capacidad o preparación del alma o la cooperación del alma a las llamadas de Dios.

II.—¿Cómo se realiza esa sobrenaturalización o esa transformación del alma hasta llegar a la unión de amor con Dios? Ciertamente, sabemos muy poco de ello. Pero en cuanto depende de la voluntad del hombre se tiene que preparar con el ejercicio de las virtudes y pedir al Señor que le prepare. Si con decisión me voy desprendiendo y vaciando del afecto a las vanidades y a las disipaciones mundanas; si me voy desprendiendo y vaciando del regalo y del amor propio y vivo la humildad y mansedumbre venciendo mis apetitos; si practico la caridad con el prójimo y frecuento el trato sincero con Dios; si pido al Señor que me vacíe y me prepare El mismo, porque yo ni sé ni puedo, me habré preparado para que el Señor haga su preparación más profunda y realice después la obra maravillosa de la transformación. El mismo amor de Dios purificador es quien prepara.

Yo no sé cómo se realiza esa obra, pero el mismo Dios me ha manifestado lo que me exige y en lo que yo tengo que cooperar para que El pue-

da realizarla. Si me vacío de todo lo que en alguna manera se opone a la vida espiritual y del trato amoroso e íntimo con Dios, no dejará el Señor de llenarme de El mismo en esta misteriosa e íntima obra.

Como la física me enseña que al hacer el vacío del aire entra en su lugar el líquido que se desea, pero el vacío sólo se consigue por una fuerza, de semejante modo, aunque mucho más alto y delicado, si vacío mi alma de los desordenados afectos y obras que impiden el amor de Dios, el Señor me llenará de Sí mismo y me unirá en amor con El y me hará participante de sus perfecciones y de su gozo. Una diminuta cerilla puesta en el núcleo del sol, luce con el inmenso brillo del sol, sin perder el suyo pequeño.

12.—Dios quiere unir mi alma Consigo mismo, de tal manera que me haga una cosa con El. Quiere hacer esta nada mía una cosa con El, Sumo Bien. Quiere hacer esta insignificancia mía, esta sombra de sombra mía, una cosa con su Omnipotencia, con su infinita Sabiduría, infinita hermosura e infinita bondad; con El, Criador de todo bien. Hace de la oscuridad, claridad.

Esta es la grande obra de Dios en la creación externa. Este es el misterio de la santidad. Esta es la delicadeza de Dios con el alma que vive las virtudes.

Para obrar esta maravilla en la tierra por amor y en el cielo por gloria me habéis criado, Dios mío, y me llamáis a vivir en retiro con Vos y sé que estáis deseando realizarla y la realizaréis en el momento en que me encuentre yo dispuesto.

¿Por qué sabiendo que la creación del mundo material y físico, con toda su inmensidad y con toda su hermosura, no tiene comparación con esta obra maravillosa de la santificación de mi alma y unión Contigo, no me determino ya a disponerme y entregarme a lo que sería mi grandeza y mi dicha aun en la tierra y mi felicidad en el cielo? ¿Cuándo, Dios mío, me lo concederéis? ¿Cuándo vuestra gracia me dará fortaleza para determinarme?

Sé muy bien por experiencia propia y porque me lo dicen los santos, las dificultades que ha de vencer la pobre del alma. Pero sé que Dios lo quiere y me ayuda, y con su gracia puedo superarlo todo. Los santos las sintieron también, se esforzaron y obtuvieron el triunfo y el galardón.

13.—Santa Teresa me dice sus luchas y las lágrimas que derramaba viendo que aún no triunfaba y que la culpa era toda suya a pesar de las mercedes del Señor y a pesar de sus lágrimas: *Mas Vos, Señor mío, quisisteis ser ... el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que*

os había prometido... ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo!...

Veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir; y enojábame en extremo de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones ni fatiga en que me veía para no tornar a caer en poniéndome en la ocasión. Parecíanme lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dárme las y tan gran arrepentimiento (1).

Estaba todo el mal en que ponía más confianza en sí misma de la que debía y menos en Dios. En adelante puso con denuedo toda la confianza en Dios y triunfó.

Si yo desconfío de mí, pero pongo toda mi confianza en el Señor, procurando fidelidad y apartándome de las ocasiones, poderoso es el Señor para darme el triunfo y con su ayuda triunfaré y hará Dios su obra en mí.

14.—¡Y qué obra tan maravillosa es esta obra de Dios! Cuanto más la mira el entendimiento, más se pasma en admiración de tanta grandeza.

(1) *Vida*, 4, 4-5; 6, 4; 11, 1; 1, 8, y con alguna frecuencia en otros lugares. El texto es de la primera cita. En los demás es el sentido.

Pienso en lo que es Dios, que es el ser necesario e infinito por su esencia; el ser sin límite en todas las perfecciones; el que tiene infinitas perfecciones; el omnipotente, el incomprendible por su misma perfección; el que es el cúmulo de todas las perfecciones, tantas y tales como no puede comprender el entendimiento creado, y su mismo entendimiento infinito no puede concebir ninguna que no posea ya. Esa infinita perfección y bondad quiere comunicarse a mi alma uniéndola Consigo en amor; quiere hacerme una cosa Consigo. Esto es lo más admirable de la creación.

Si mi entendimiento, si ningún entendimiento con sola su fuerza o capacidad natural puede entender lo que es un atributo o perfección infinita, ¿cómo podrá formar ni lo más remotamente idea de las infinitas perfecciones de Dios? Y Dios las tiene todas simultáneamente y en acto y es al mismo tiempo ser simplicísimo, pero de infinita actividad en entender y gozar y amar. ¿Y cómo podré yo —ni el más alto entendimiento— darme ni la más remota idea de lo que es participar un espíritu criado, mi alma, toda alma, de esas infinitas perfecciones? (2). ¿Cómo no ha de quedar absorto de admiración el entendimiento ante este dulcísimo misterio de la santidad del alma y

(2) Véase cap. XXXI; *Yo en Dios*, cap. XXIII, núm. 141; *Dios en mí*, Lec.-Med. X, 147, y en varios lugares más.

del amor de Dios en el alma transformándola y sobrenaturalizándola?

La infinita bondad y hermosura quiere comunicarse a mi alma; quiere hacerme participante de esa misma bondad y hermosura. Es el gran levantamiento o la sobrenaturalización del alma. La pobreza e impotencia del hombre son levantadas y transformadas hasta unir las con la sabiduría, bondad y hermosura infinita de Dios.

¡Para qué inefable grandeza ha criado Dios mi alma! ¡Oh alma mía, déjate en las manos de Dios, para que te vacíe de ti y te llene de Sí! No tanto os agradezco, Dios mío, el haberme criado como el haberme criado para la felicidad eterna.

15.—Por esta altísima gracia era la admiración que sentían los santos y sus amorosísimas expresiones y su gozo. El humilde San Juan de la Cruz las tiene atrevidísimas, en tanto grado que cuando se leen por primera vez parecen estar fuera de la verdad y sacan al alma de su naturaleza por el entusiasmo. Esto me sucedió a mí cuando leí: *Aquella llama (el Espíritu Santo), cada vez que llamea, baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y ésta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor: que los actos que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que, unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha*

un amor con aquella llama. Y así, estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más en uno y vale más que cuanto había hecho en toda su vida sin esta transformación ... y así en este estado no puede el alma hacer actos; que el Espíritu Santo los hace todos y la mueve a ellos. Y por eso todos los actos de esta alma son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde al alma, haciéndola amor con sabor y temple divino, la está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios (3).

Todos los movimientos y operaciones e inclinaciones que antes el alma tenía del principio y fuerza de su vida natural, ya en esta unión son trocados en movimientos divinos, muertos a su operación e inclinación y vivos en Dios; porque el alma, como ya verdadera hija de Dios, en todo es movida por el espíritu de Dios, como enseña San Pablo, diciendo que «los que son movidos por el espíritu de Dios son hijos del mismo Dios» (Rom., 8, 14); de manera que, según lo que está dicho, el entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios, y la voluntad suya es voluntad de Dios, y su memoria, memoria eterna de Dios, y su deleite, deleite de Dios, y la sustancia de esta alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede sustancialmente convertirse en El, pero, estando

(3) Llama, 1, 3-4.

unida como está aquí con El y asimismo absorba en El, es Dios por participación de Dios, lo cual acaece en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra. Y de esta manera está muerta el alma a todo lo que era en sí, que esto era muerte para ella, y viva a lo que es Dios en Sí (4).

Tan altos pensamientos expresa San Juan de la Cruz sobre esta maravillosa obra de Dios, que parece exceden la razón. Si yo me diera cuenta de lo que es participar de Dios, vaciaría mi alma y la limpiaría para sólo estar atento a Dios y vivir para Dios. En ello encontraría mi delicia y sería delicia como ni yo ni mortal alguno puede soñarla.

16.—Ciertamente, ni yo ni nadie podemos merecerlo. Es algo superior a todo merecimiento. Es merced que Dios hace al alma vaciada y limpia. Y es para lo que Dios me ha criado y me ha llamado y llama a una vida recogida y espiritual. Sé, Dios mío, que la realizáis en las almas limpias; limpiad la mía para que podáis realizarla. Cuanto más limpio esté el espejo, mejor se reflejan en él los objetos, y Dios se refleja mejor en el alma más limpia. Santa Teresa me dice:

Bien veo que no hay con qué se pueda contrar tan gran bien en la tierra; mas. si hiciésemos

(4) *Llama*, 2, 34.

lo que podemos en no asirnos a cosa de ella, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos (5).

Pues me has criado para hacerme participante de tus divinas perfecciones, ten a bien hacerlo ya en mi alma. Con ello empezará, en cierta manera, la vida eterna, ya que la vida eterna es la participación gloriosa de la vida de Dios y la unión en amor del alma con Dios en la tierra es participación real y sobrenatural, pero aún no gloriosa, ni en dicha ni en seguridad. Esto concede Dios al alma que se prepara.

Parecerán estas reflexiones sueños míos. Pues sueña, alma mía, estos dichosos sueños. Porque por hermosos que sean, has sido tú criada para una realidad incomparablemente superior y más dichosa y hermosa que los sueños. Dios te ha criado para hacer en ti la maravilla de transformarte en amor sobrenatural y unirte en amor con El. Dios quiere hacerte Dios por participación y darte su dicha.

Siendo aún pagano San Hilario, pensaba que no tenía por qué agradecer a los dioses el haberle criado para una vida tan caduca y tan poco agradable como esta del mundo. Cuando oyó hablar del Evangelio y de la vida y felicidad eterna y

(5) *Vida*, 11, 2.

del amor de Dios, comprendió la maravilla del amor de Dios y cuánto tenía que agradecerle por haberle criado para tanta dicha y tan alta grandeza y felicidad como es llegar a ser dios por participación y vivir y gozar la misma vida y la misma felicidad y gozo de Dios y en Dios.

CAPÍTULO V

DIOS AUN EN LA TIERRA HACE CIELO DEL ALMA LIMPIA Y PREPARADA

17.—No se pueden comparar la inmensidad de los espacios siderales, ni la grandeza y fulgor de los astros criados, ni la variedad y hermosura de la tierra, ni las fantasías de la imaginación más soñadora con la riqueza y belleza y maravilla de esta obra callada, espiritual y primorosa que Dios obra en lo íntimo del alma, transformándola en amor divino. Los ángeles en el cielo la ven y la admiran, pero sólo Dios sabe y puede realizarla. Dios la realizó en ellos y les levantó a vida sobrenatural para darles la visión de gloria y la feliz posesión ya gloriosa de su Ser infinito. Aún la admiran en su agradecimiento y alabanza. Viven gloriosa y perpetuamente la felicidad de su deificación o sobrenaturalización con la misma delicia de Dios.

También yo lo comprenderé y sabré admirar

y agradecer cuando Dios me comunique la luz de gloria y le vea mi alma, ya gloriosa, en su esencia. También a mí me dará Dios el vivir perpetuamente la felicidad de mi deificación en su delicia.

Ahora, enseñado por la fe, te pido, Dios mío, realices esta maravilla en mi alma con todo primor y encanto, aun cuando no la comprendo. Pero mira que soy obra tuya y todos los espíritus gloriosos, que la ven, te alabarán por ella.

Esta transformación del alma en amor de Dios y en unión de amor con Dios hace del alma ya un cielo de hermosura, aun cuando no glorioso todavía, y da derecho al cielo y será la medida del mismo cielo en cada alma. Santa Teresa nos lo dice con su transparencia de lenguaje, lo mismo que los teólogos, y dando con su dicción mayor relieve a esta verdad:

No es otra cosa el alma del justo sino un paraíso donde dice El tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece será el aposento donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita? No hallo cosa con qué comparar la gran hermosura del alma y la gran capacidad. Y verdaderamente, apenas pueden llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios (1).

(1) *Moradas*, I, 1.

Y nos anima a serlo diciendo: *A pedir al Señor que, pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa* (2).

Cuando el alma fiel llega a la unión de amor con Dios por la transformación de amor y vive primorosamente las virtudes, como las virtudes intensifican el amor, esa alma es verdaderamente un paraíso donde Dios se recrea y ella goza brisas de cielo con la compañía de Dios.

Santa Teresa, a cuantos deseamos ser espirituales y vivir en todo para Dios, anima a que nos esforcemos y determinemos para que no deje Dios de realizarlo por la pereza e indolencia nuestra.

Ni es este pensamiento tan hermoso y alentador exclusivo de Santa Teresa. Entre los muchos santos, que nos han dicho que el alma santa es un cielo, le hace resaltar San Gregorio Papa, razonándolo de esta manera: *El cielo es mi trono, según dice el Señor por un profeta. Y Salomón afirma que el alma del justo es trono de la sabiduría, y San Pablo también nos enseña que Cristo es el poder y la sabiduría de Dios. De esto claramente se deduce que siendo Dios la Sabiduría, y el alma del justo el trono de la sabiduría, como decimos que el cielo es el trono de Dios, se prueba que el alma del justo es cielo* (3). Y el gran teó-

(2) *Moradas*, V, I, 3.

(3) San Gregorio Papa: *Homilia* 36.

logo fray Luis de León escribía también que la gracia *transforma al alma en el cielo cuanto le es posible a una criatura que no pierde su sustancia ser transformada* (4).

18.—El alma del justo es cielo donde Dios está con infinito gozo y la está continuamente aumentando en riqueza y hermosura divina. El alma del justo es sol de luz y horno de amor del mismo Dios, y se abraza gozosísima con su gozo de saber que es amada de Dios y Dios está en ella complacido, recibiendo su amor y comunicándola nuevo y más intenso amor.

Gózase con sin igual gozo el alma del justo diciéndose a sí misma: «Mira en ti a tu Dios, que te ha escogido por morada y te mira con ojos de amor. Mira cómo están en ti los coros de los ángeles llenos de felicidad cantando alabanzas a Dios en supremo deleite. Unete a su cántico y alaba y agradece con ellos a Dios que esté en ti y haya puesto en ti su morada.» Esto me explica el gozoso vivir que encuentra el alma recogida y consagrada a Dios en el rinconcito pobre y silencioso de su retiro. Sabe que está llena de Dios y con Dios y sólo suspira por dejar de verle aquí en la fe para verle ya directa y gloriosamente en

(4) Fr. Luis de León: *Los nombres de Cristo*, Príncipe de la Paz.

su esencia y unida en felicidad a los ángeles y a los bienaventurados en el cielo. Ahora en el recogimiento de la tierra también se mira en su compañía, también alaba a Dios unida a ellos. Los ángeles y los bienaventurados están ya seguros y dichosos en la Patria; el alma está aún en el desierto suspirando por la patria y por dar el abrazo inseparable a Dios, que ya está en el alma amoroso y real, pero aún escondido y con estabilidad no segura.

19.—Según reflexión de la misma Santa Teresa, no sólo es un cielo cada alma de por sí; lo es también el lugar donde se recogen las almas que aspiran a vivir la vida espiritual y perfecta y la vida de amor a Dios totalmente a El consagradas. Es cielo por el ambiente de deseos de amar a Dios y de practicar las virtudes con la más amorosa delicadeza y la mayor compenetración. Es cielo porque Dios es el dueño de esas casas y el amor de Dios las llena y hace llama y fragancia de cielo. En esos paraísos todo canta alabanza a Dios por sus misericordias.

Ese lugar y esa casa es cielo y paraíso mientras los que en ellos viven no dejen entrar polvo de consideraciones y deseos humanos o aires de egoísmos, disipaciones y regalos y vivan abrazados a la Cruz, que es estar abrazados al mismo Jesús en la cruz. Santa Teresa lo dice muy explí-

citamente: *Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar a Dios* (5).

Varios siglos antes había destacado un pensamiento semejante San Bernardo cuando decía a los *Solitarios del Monte de Dios*: *Vuestra morada es más bien en los cielos que en las celdas, pues separados del mundo os habéis recogido del todo con Dios. Vivir en las celdas está muy cercano a vivir en los cielos* (6).

Los dos lugares, el cielo y la celda, los llena Dios, y en el cielo y en la celda se vive el amor de Dios y mirando atentos a Dios; en el cielo se vive en la realidad gloriosa de felicidad por la visión de la esencia de Dios, y en la celda se vive en la realidad de Dios por el trato amoroso con El y con las virtudes, pero aun mirándole con la oscuridad de la fe, aunque segura, y por la esperanza.

Porque vivía esta verdad y esta realidad San Romualdo, daba este consejo a sus monjes un siglo antes que San Bernardo: *Vive en tu celda y considérala como un paraíso. Desecha todo recuer-*

(5) *Camino de perfección*, 13, 1.

(6) San Bernardo: *Ad Fratres de Monte Dei*. Cito esta carta como de San Bernardo, a quien se atribuía antes, aun cuando ahora se asegura la escribió Guillermo de Saint Thierry. Hace poco ha sido impresa, traducida al español, por los monjes cistercienses de San Isidro de Dueñas, con el título de *Carta de oro*.

do de mundo (7). Y San Anselmo: «Si quieres ser feliz en el claustro, olvídate del mundo.»

Y ya en el siglo VII había escrito el gran solitario San Juan Clímaco estas palabras en su *Escala Espiritual: El monasterio es un cielo terrenal, y por esto procuremos tener los corazones tales cuales los tienen los ángeles que en el cielo sirven a Dios* (8).

Los ángeles están gloriosos y felices en el cielo, participando de las perfecciones divinas y de la gloria y felicidad de Dios, y viven entre sí en un mismo amor de dicha de unos para con otros en Dios, viendo la esencia de Dios y conociendo en la esencia divina todas las cosas, y viviendo la misma vida feliz de Dios rebosando delicia y contento.

Las almas recogidas en Dios y ofrecidas a Dios también han de ser ángeles en la atención y en el amor a Dios; lo son en la participación de las perfecciones divinas y en la vida de Dios no gloriosamente, pero sí en la realidad por la gracia y el amor. Las almas así ofrecidas y recogidas viven en Dios y están en Dios y esta vida de amor de Dios ha quitado el egoísmo y les ha dado el vivir, como en el cielo, en amor y confianza de unos para con otros, en sinceridad, paz y alegría, por lo mis-

(7) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 7 de febrero.

(8) San Juan Clímaco: *Escala espiritual*, 4, 3.

mo que todos se unen y aman en Dios y en amor transformador y santificador de Dios. El claustro es un paraíso para los que ya dicen: «Mi vivir es Cristo.»

El amor propio deshace el amor de Dios y ahuyenta la paz y compenetración.

El amor propio es contrario al amor de Dios y produce la discordia, desunión e intranquilidad. El amor propio se desarrolla con el deseo de complacer a los sentidos, de curiosidades mundanas y con la desordenada estima propia. En el cielo no tiene cabida el amor propio, porque en el cielo todo es amor de Dios y amor gozoso a los demás en Dios. En el cielo todo es alegría y gozo supremo en Dios y en el bien y en el gozo de los demás bienaventurados. El alma ofrecida participa del bien infinito de Dios y está empapada en su amor. El alma-amor en el recogimiento como en el cielo es cántico continuado de armonía dulcísima en alabanza a Dios. El alma dichosa canta unida a todos los bienaventurados su propio gozo y el de todos en Dios y continuamente recibe renovada sabiduría y felicidad de Dios olvidada de sí misma en el éxtasis de la admiración suprema y del gozo y delicia que invaden todo el ser.

20.—En el cielo todo es altísimo amor a Dios, y en el amor a Dios, amor a todos, criaturas de Dios, y en el amor a Dios recibe toda la dicha y

todo el conocimiento y todas las perfecciones. Todo es amor ya glorioso en Dios. La hermosura, la luz y gozo de Dios lo llena todo. El bienaventurado canta su dicha y la canta en comunicación gozosa con los ángeles y con los bienaventurados.

En la tierra, el alma, llena de Dios, en todo ve a Dios; en sí misma, en su interior, ve a Dios con mirada de fe y le ama. Y en el exterior, en la creación entera, también ve a Dios con esa misma mirada de fe y le ama y le desea, pero aún no es gloriosamente, sino con sentimientos e impresiones muy variadas y distintas y hasta contrarias. Pero la fe enseña ciertamente que en el dolor y en la aridez, en la tentación y en la desgracia está Dios y crece su amor lo mismo o más que en la ternura, y en la alegría, en la alabanza y en la prosperidad.

Siempre esta alma canta a Dios, aunque a veces con lágrimas, que son siembra de cielo, y con incomprendimientos, que son injertos de futura felicidad. Siempre esta alma entona calladas armonías de cielo, produce flores de cielo y recoge sazonadísimos frutos del cielo. El amor de Dios la limpió del amor propio y de los apetitos y la hace cielo en la tierra, y hace también como un cielo el lugar donde está consagrada a Dios. Es la obra del divino amor, y este amor depende de la voluntad, de la decisión y de la entrega del alma a Dios.

Cuando mi alma se vea limpia del amor propio y muerta a sus propios gustos y apetitos, se habrá convertido en amor de Dios y será hermosísimo jardín de Dios. La bondad de Dios se reflejará en ella y la vestirá con la esperanza de la futura felicidad en su amor. Estará envuelta y empapada en la gracia divina, que es participación real de Dios y de sus perfecciones. Se verá llena de alegría, hija de Dios y heredera del cielo. Empieza ya a ser cielo. Que sea Cristo mi vivir y tendré ya el cielo en el convento o en la tierra y en el lugar donde se desenvuelva mi vida.